

Libros y ensayos políticos

LA CONSTRUCCION DE UNA MEMORIA

Cuando el insular y elegante general de brigada Menéndez Mario Benjamín estampó su firma en un papel que le acercó un desaliñado general británico, la historia argentina sufrió una aceleración. Menéndez volvió en silencio al continente, el inocente *lagarto* Alfredo Astiz visitó Gran Bretaña y el enfático mariscal Galtieri tuvo que ceder la presidencia al inexpresivo general Bignone y a su gabinete de adjetivos.

El descrédito de la dictadura militar (que en algún momento debe haber pensado, también, en los mil años de duración) facilitó desde poco antes de 1983 muchas cosas. Se escucharon canciones que nadie oía, se leyeron los libros que el abad no alcanzó a tirar a la hoguera, se dijeron cosas que nadie había dicho durante seis años y, además, un evolucionado editor le hizo un chiste a los antes todopoderosos militares. La dictadura respondió clausurando algunas revistas o prohibiendo algunos textos pero se encontró con que el Poder Judicial no estaba de acuerdo con sus medidas.

La cultura fue una de las zonas donde se notó más que los militares iban a tener que irse. La gente ya no escuchaba los mismos discos, no quería ver las mismas películas ni leer los mismos libros. A partir de 1983 las listas de libros más vendidos sufrieron una alteración significativa: novelas de evasión como *El pájaro canta hasta morir* o *Insólito esplendor* y ensayos polemizadores como *El caso Timerman, punto final* (libro provocado por la pluma del general Ramón Camps), desaparecieron de estas semanales y relativas clasificaciones. En lugar de esos dramas que se desarrollaban en lugares casi siempre soleados y donde los personajes eran muy buenos o muy malos, los lectores argentinos empezaron a optar por otros temas. *Malvinas, la trama secreta* de Oscar Cardozo, Ricardo Kirschbaun y Eduardo Van der Kooy; la novela *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso, *Todos somos subversivos*, de Carlos Gabetta, *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*, de Horacio Verbitsky; *Montoneros, la soberbia armada*, de Pablo Giussani y *El Estado terrorista argentino*, de Eduardo Luis Duhalde fueron algunos de los primeros títulos que llegaron a agotar varias ediciones. Además de todos estos está el informe de la CONADEP, *Nunca más*, que llegó a vender alrededor de ciento cincuenta mil ejemplares, hecho que lo convirtió en un caso prácticamente único.

–Que *Nunca más* haya vendido esa cantidad de ejemplares –dice Horacio Verbitsky, autor también de *Ezeiza*, que agotó once ediciones y de *Civiles y militares*, que va por la tercera edición–, demuestra que la gente necesita salir de todas las mentiras que recibe cotidianamente, creo que lo que pasó con *Nunca más* es un síntoma de salud entre tanta enfermedad y tanta mentira. De la misma manera que creo que la ley de obediencia debida es una enfermedad.

Las causas de las lecturas

Según Sergio Ciancaglini, autor, junto con Martín Granovsky, de *Crónicas del Apocalipsis*, ganador del Premio Rey de España en 1986, los libros de testimonios son leídos porque ayudan a completar la memoria de lo que pasó en la Argentina en los últimos diez años.

–Son libros –dice Ciancaglini– muy particulares, porque no son ensayos en sentido estricto ya que no proponen ninguna teoría. Son libros que cuentan cómo fueron las cosas, objetivamente y sin teorizar demasiado alrededor de eso. Un poco se podría hablar de libros que todavía no están completos, porque para que lo estén tiene que pasar el tiempo.

–Los libros de este tipo –dice Granovsky– tratan de explicarle a la generación que tiene entre dieciocho y veinticinco años qué es lo que pasó acá durante el proceso o antes, del 70 para acá. Porque fueron todas cosas tan atroces, tan terroríficas que por momentos son imposibles de creer. Porque en este país pasaron cosas que son de ficción verdaderamente y no se puede no asumir eso.

–Claro –acota Ciancaglini–, acá hubo masacres colectivas, se secuestró gente, se hizo desaparecer a esa gente secuestrada, se vendieron chicos, se hizo creer a mucha gente que estaba todo bien. Cosas como éstas son más de novela gótica que de la realidad. Sin embargo son la realidad y es indispensable que eso se sepa, que todos se den cuenta que no es mentira, porque si no se corre el riesgo de repetirse.

La introducción de la ficción en la realidad argentina es un hecho en el que coincide mucha gente. Una de las teorías posibles –inexacta para Verbitsky, lejanamente posible para Ciancaglini y Granovsky, ingeniosa y falsa según Eduardo Luis Duhalde y dudosa según Carlos Gabetta– sugiere que las causas por las que se leen este tipo de libros se resumen en una: lo que pasó en la Argentina es tan atroz que lo que se quiere hacer es llevar esas atrocidades al lugar de la ficción. Según esta idea casi unánimemente rechazada, al leer, por ejemplo, *Ezeiza* se está leyendo un texto de novela de terror. Varios lectores de *Ezeiza* y de *Civiles y militares*, le dijeron al autor que las habían leído como novelas.

–Lo que menos tuve yo –agrega Verbitsky– fue la intención de escribir un libro que pareciera una novela. Estos libros se venden por el tema, independientemente de su calidad literaria. Lo que el lector busca es el sujeto histórico. Incluso a veces han tenido éxito, por esto que digo, libros oportunistas y mentirosos, como *Montoneros, la soberbia armada*, de futurología-ficción como *Argentina siglo XXI*. Creo que lo que tienen en común todos estos textos, con prescindencia de la calidad de la pluma o de la estatura moral de su autor, es el sujeto histórico. La gente quiere entender lo que pasó, no llevar lo que pasó al plano de la ficción.

Carlos Gabetta, director de *El Periodista*, vivió en Francia entre 1976 y 1984. En 1979 publicó *Le diable dans le soleil*, un libro de testimonios de víctimas de la represión. El seis de diciembre de 1983 Gabetta volvió a la Argentina para presentar la edición castellana de esa obra, *Todos somos subversivos*.

–Lo que tuve que hacer –dice Gabetta– fue simplemente sacarle al texto ciertas aclaraciones necesarias para Francia pero que en la Argentina eran redundantes. Lo que traté de hacer en el libro fue explicar en Europa qué es lo que pasaba acá durante la dictadura militar; un año antes había sido el mundial de fútbol y eso hizo que ese momento, estamos hablando de 1979, fuera ideal para tratar el tema de la Argentina. Después cuando salió acá fue bastante leído.

Todos somos subversivos vendió alrededor de treinta mil ejemplares, cifra extraordinaria para el mercado argentino aunque, como dice Verbitsky, ''acá muchos lectores son siempre pocos lectores''.

–En el momento en que apareció *Todos somos subversivos*, justo cuando asumió el gobierno constitucional, todos los libros que más vendían trataban este tipo de temas. Yo me resisto, por lo general, a las explicaciones psicoanalíticas, por eso me resisto también a pensar en eso de la intencionalidad de los lectores argentinos de incorporar la realidad a la ficción. En aquel momento todos los libros argentinos trataban del pasado reciente. Pienso en *Cuarteles de invierno*, de Osvaldo Soriano, que es un texto de ficción y se vendió, aparte de su cali-

continúa en página 2



Oscar Landi, sociólogo.

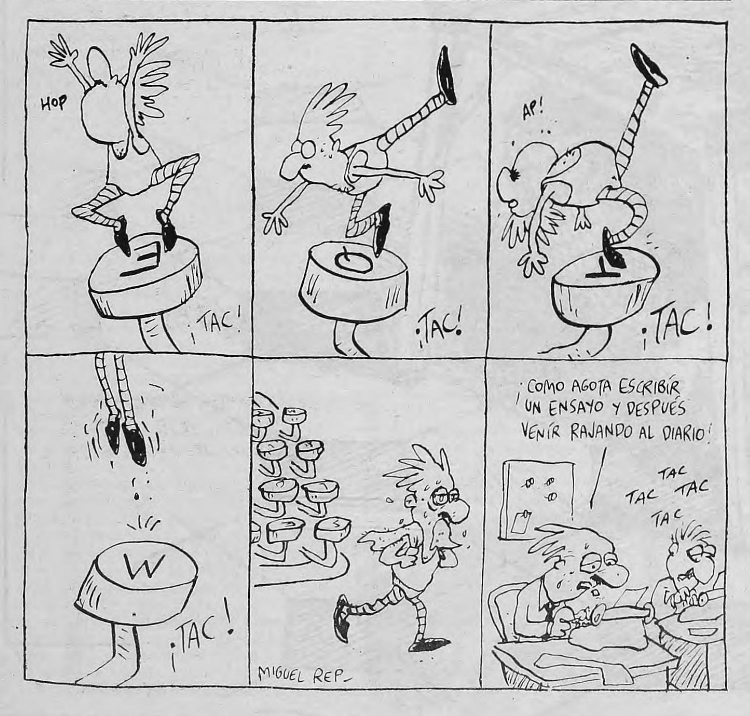
EL PROBLEMA DE DECIR LA VERDAD

"El auge de venta de los libros políticos hace pensar, inmediatamente, en algo obvio: hay una especie de repolitización general sana, democrática, en la Argentina", dice Oscar Landi, sociólogo, investigador del CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad), y autor, entre otros libros de *Crisis y lenguaje políticos* e *Ideología y procesos políticos*. Landi reflexiona sobre este nuevo boom editorial con cierta nostalgia, porque él, casualmente, está en proceso de pasarse del "paper" académico –excesivamente técnico, apoyado en números, en abstracciones que "no tienen en cuenta los laberintos de la política"– al ensayo apoyado en la tradición literaria, que compensa con intuición, riesgo y develaciones del lenguaje, su posible falta de información empírica. "El ensayo político está postergado –dice Landi– y prevale el testimonio".

"Esa repolitización de la que hablaba –retoma–, no significa un reencuentro con la política, porque el reencuentro es más complejo. Hay una disponibilidad para el espacio público, para intervenir, y al mismo tiempo un sentimiento de lejanía respecto al lugar donde se hace la política, la vida interna de los partidos. Entonces, luego de tantos años de desinformación viene todo esto como una especie de reequilibramiento de la información dicha y oculta".

En este terreno, muchos de esos libros, cumplen la función de la recuperación, o el mantenimiento de la memoria. "Hay una batalla abierta por la memoria", dice Landi. Cuando se le señala que muchos de esos libros testimoniales tratan tangencialmente o no el tema de los derechos humanos, Landi asiente, y coloca una larga duda. "El tema de los derechos humanos es ambiguo. Remite a una problemática muy específica, a actores muy especiales, como son los movimientos de derechos humanos. Pero en la medida en que esta democracia vino muy asociada a la justicia, hasta Semana Santa, la legitimidad de origen de esta democracia era una legitimidad muy cruzada con la ley, el espacio jurídico, se constituye en algo no sólo puntualmente referido a juzgar a determinadas personas sino que fue el escenario donde un régimen juzgaba a otro régimen. El proceso jurídico fue desbordado porque se lo recargó con la función de la memoria. Entonces, el tema derechos humanos tiene esa ambigüedad: remite a una problemática específica, pero era el lugar desde donde se miraba todo el pasado. Ahora, esto se ha disociado: el Poder Judicial es el que más salió perdiendo. El testimonio, donde hay muchas voces, experiencia personal, alguien que cuenta, era un libro de develamiento, el problema de decir la verdad. De alguna manera, eso se consuma en el *Nunca más* de la CONADEP, y es totalmente absorbido e integrado por el proceso a las juntas. Ahí se consuma ese género, porque ahí ya no es el testimonio del libro, ahí *la verdad es la producción* de la prueba".

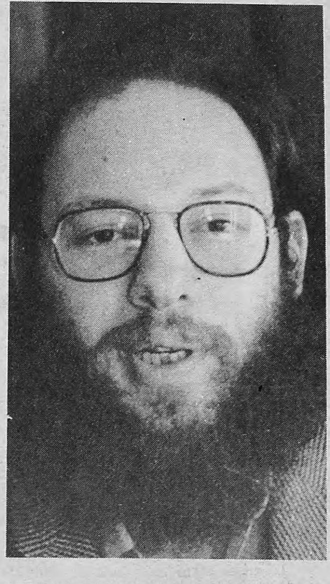
Entendiendo que hay que hacer un cruce de lo testimonial a lo analítico, Landi no le niega destino al libro político-periodístico. Entre esta literatura, ve, por ahora, dos líneas: "Un polo de la discontinuidad total, que trata de resolver ciertas tradiciones hasta populares en la medida en que la viven como amenaza bajo la forma de izquierdismo, populismo –que pondrían trabas a la elaboración de una democracia deducida de las comparaciones con Europa–, y el otro polo, más inclinado a planear la democratización en relación a la recuperación de cierto pasado popular". Según Landi, ahí está la continuidad de esta literatura. "La memoria política y el discurso político hacen operaciones de exclusión, en varios niveles. En el año '83, con la vuelta súbita de la democracia, después del colapso de las Malvinas, ingresaron al tapete público temas de todo tipo: derechos humanos, salud, relaciones internacionales. El gobierno, luego, ordenó esos temas de acuerdo a su línea política y a sus relaciones internacionales. Se trabaja sobre la agenda pública, sobre el temario público y se decreta: esto es de ahora, esto del futuro, de esto no se habla más. No es que el discurso político eluda esos temas: está lleno de ellos, pero los expulsa. La estética de cierto periodismo –sin convertirse en un discurso paralelo ni en una cultura alternativa al discurso político– vuelve a incluir esos temas en la realidad nacional.



LA CONSTRUCCION DE UNA MEMORIA

Viene de tapa

dad literaria, por los temas que trata, que tienen un referente absolutamente claro en la realidad.



Las escrituras

–Escribir esta clase de cosas –dice Gabetta– es arriesgado. Se puede hablar de locura, en el mejor sentido de la palabra. Yo creo, por ejemplo, que Horacio Verbitsky es un gran loco, por todo lo que pone en juego con sus trabajos. Hay que pensar que se arriesga la vida. Digo esto sin ningún ánimo de convertirme en mártir, pero lo cierto es que es bastante peligroso atreverse a escribir sobre esta realidad que parece ficción.

Además del informe de la CONADEP, *Ezeiza*, de Horacio Verbitsky fue uno de los libros de testimonio político que más cantidades de ejemplares llegó a vender, alrededor de treinta y cinco mil.

–Cuando escribí *Ezeiza* –dice Verbitsky– saldé una cuenta con mi generación. Ezeiza fue una masacre y las masacres forman parte de la historia argentina: las degolladuras del siglo pasado, la Semana Trágica, la Patagonia, el 16 de junio de 1955, José León Suárez, Trelew, Ezeiza. Al escribir sobre estos temas lo que se trata de hacer es de explicarlos, y el que lee, claro, trata de entenderlos.

(Los principales libros que se escribieron sobre los fusilamientos de Trelew son *La patria fusilada*, de Francisco Urondo, y *La pasión según Trelew*, de Tomás Eloy Martínez).



Gabetta cambia de tema un momento y cuenta una anécdota: "Los otros días", dice, "fui a ver el espectáculo de Enrique Pinti, que ya vieron más de medio millon de personas. No voy a hablar de la calidad porque es algo muy relativo, pero lo que a mí me impresionó fue escuchar a Pinti decirle a la gente del público, casi toda pequeña burguesía, cosas terribles. Les decía cabrones, complacientes, cobardes, maricones, las cosas más terribles. Y la gente no sólo asimilaba eso sino que se reía encantada y aplaudía muchísimo; pero al mismo tiempo este personaje no se cansa de decir 'pero yo soy como ustedes, yo cada vez que me pasó tal cosa hice lo mismo, porque todos nosotros somos iguales'. Yo salí de ese lugar espantado, porque me di cuenta que había asistido a un mea culpa colectivo y psicoanalítico. No nos mandó a rezar diez Padrenuestros porque no estábamos en una iglesia. Pero, sobre todo y para volver al tema, yo pensé que no soy como ellos, que hay muchos que no son como ellos, ni cabrones, ni cobardes, ni complacientes, ni maricones. Que se escriban libros como estos de lo que estoy hablando y que esos libros valientes sean leídos por mucha gente demuestra que no todos somos iguales, por suerte. Pero quiero aclarar que lo que vi en ese teatro, esa flagelación aceptada, sirve para reflejar el estado en que se encuentra gran parte de esta sociedad. Es tanta la culpa que hay que la gente está dispuesta a que le digan cualquier cosa. A mí eso me asusta mucho."

Verbitsky insiste con que los lectores son demasiado pocos. Dice: "El mercado editorial argentino está tan deteriorado que treinta mil lectores son muchos. En un país de economía en mejores condiciones, treinta mil ejemplares no significa prácticamente nada. Acá cada edición tiene tres mil ejemplares y las hay de dos mil o mil. Y además, los costos de los libros hacen que, salvo que la venta sea fulminante, cuando se agota una edición el dinero no sea sufiiente para hacer una nueva".

El editor

Eduardo Luis Duhalde escribió, en los años sesenta, junto con el asesinado Rodolfo Ortega Peña varios ensayos políticos entre los que se destaca *Facundo y la montonera*. Durante la dictadura militar vivió en Europa donde trabajó, también y como siempre, de editor. Después de las elecciones se publicó su ensayo *El Estado terrorista argentino*, que agotó varias ediciones. Actualmente Duhalde dirige la editorial *Contrapunto*, una de las pocas, junto con la colección de *Legasa* que dirige Rogelio García Lupo, que se dedica a la publicación de textos políticos. *Contrapunto* editó, entre otros, los dos últimos libros de Verbitsky; las *Crónicas del Apocalipsis*, de Ciancaglini y Granovsky; *Como los nazis, como en Vietnam*, de Alipio Paoletti; *Nacinalismo burgués y nacionalismo revolucionario*, de Ricardo Carpani; *Unitarios y federales en la historia argentina*, de Ramón Torres Molina; *La noche de los lápices*, que lleva seis ediciones, de María Seoane y Héctor Ruiz Núñez; *La triple A*, de Ignacio López Jansen; *Las sectas invaden la Argentina*, de Alfredo Silleta y *Después de la noche*, conversaciones de Hugo Echave y Noemí Ulla con Graciela Fernández Meijide.

–*¿Por qué cree usted que se lee tanto libro de testimonio político y qué es lo que busca el lector?*

–Creo que lo que el lector busca es reconstruir el pasado inmediato, las claves de interpretación de los últimos treinta años de la historia argentina. Y para hacer esto busca un tipo de ensayo más comprometido que el ensayo académico, aunque posiblemente con menos rigor científico. Lo que caracteriza a este tipo de ensayos es que los autores tienen una posición





Oscar Landi, sociólogo.

EL PROBLEMA DE DECIR LA VERDAD

"El auge de venta de los libros políticos hace pensar, inmediatamente, en algo obvio: hay una especie de repolitización general sana, democrática, en la Argentina", dice Oscar Landi, sociólogo, investigador del CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad), y autor, entre otros libros de *Crisis y lenguaje políticos* e *Ideología y procesos políticos*. Landi reflexiona sobre este nuevo boom editorial con cierta nostalgia, porque él, casualmente, está en proceso de pasarse del "paper" académico –excesivamente técnico, apoyado en números, en abstracciones que "no tienen en cuenta los laberintos de la política"– al ensayo apoyado en la tradición literaria, que compensa con intuición, riesgo y develaciones del lenguaje, su posible falta de información empírica. "El ensayo político está postergado –dice Landi– y prevale el testimonio".

"Esa repolitización de la que hablaba –retoma–, no significa un reencuentro con la política, porque el reencuentro es más complejo. Hay una disponibilidad para el espacio público, para intervenir, y al mismo tiempo un sentimiento de lejanía respecto al lugar donde se hace la política, la vida interna de los partidos. Entonces, luego de tantos años de desinformación viene todo esto como una especie de reequilibramiento de la información dicha y oculta".

En este terreno, muchos de esos libros, cumplen la función de la recuperación, o el mantenimiento de la memoria. "Hay una batalla abierta por la memoria", dice Landi. Cuando se le señala que muchos de esos libros testimoniales tratan tangencialmente o no el tema de los derechos humanos, Landi asiente, y coloca una larga duda. "El tema de los derechos humanos es ambiguo. Remite a una problemática muy específica, a actores muy especiales, como son los movimientos de derechos humanos. Pero en la medida en que esta democracia vino muy asociada a la justicia, hasta Semana Santa, la legitimidad de origen de esta democracia era una legitimidad muy cruzada con la ley, el espacio jurídico, se constituye en algo no sólo puntualmente referido a juzgar a determinadas personas sino que fue el escenario donde un régimen juzgaba a otro régimen. El proceso jurídico fue desbordado porque se lo recargó con la función de la memoria. Entonces, el tema derechos humanos tiene esa ambigüedad: remite a una problemática específica, pero era el lugar desde donde se miraba todo el pasado. Ahora, esto se ha disociado: el Poder Judicial es el que más salió perdiendo. El testimonio, donde hay muchas voces, experiencia personal, alguien que cuenta, era un libro de develamiento, el problema de decir la verdad. De alguna manera, eso se consuma en el *Nunca más* de la CONADEP, y es totalmente absorbido e integrado por el proceso a las juntas. Ahí se consuma ese género, porque ahí ya no es el testimonio del libro, ahí *la verdad es la producción* de la prueba".

Entendiendo que hay que hacer un cruce de lo testimonial a lo analítico, Landi no le niega destino al libro político-periodístico. Entre esta literatura, ve, por ahora, dos líneas: "Un polo de la discontinuidad total, que trata de resolver ciertas tradiciones hasta populares en la medida en que la viven como amenaza bajo la forma de izquierdismo, populismo –que pondrían trabas a la elaboración de una democracia deducida de las comparaciones con Europa–, y el otro polo, más inclinado a planear la democratización en relación a la recuperación de cierto pasado popular". Según Landi, ahí está la continuidad de esta literatura. "La memoria política y el discurso político hacen operaciones de exclusión, en varios niveles. En el año '83, con la vuelta súbita de la democracia, después del colapso de las Malvinas, ingresaron al tapete público temas de todo tipo: derechos humanos, salud, relaciones internacionales. El gobierno, luego, ordenó esos temas de acuerdo a su línea política y a sus relaciones internacionales. Se trabaja sobre la agenda pública, sobre el temario público y se decreta: esto es de ahora, esto del futuro, de esto no se habla más. No es que el discurso político eluda esos temas: está lleno de ellos, pero los expulsa. La estética de cierto periodismo –sin convertirse en un discurso paralelo ni en una cultura alternativa al discurso político– vuelve a incluir esos temas en la realidad nacional.



LA CONSTRUCCION DE UNA MEMORIA

Viene de tapa

dad literaria, por los temas que trata, que tienen un referente absolutamente claro en la realidad.

Las escrituras

–Escribir esta clase de cosas –dice Gabetta– es arriesgado. Se puede hablar de locura, en el mejor sentido de la palabra. Yo creo, por ejemplo, que Horacio Verbitsky es un gran loco, por todo lo que pone en juego con sus trabajos. Hay que pensar que se arriesga la vida. Digo esto sin ningún ánimo de convertirme en mártir, pero lo cierto es que es bastante peligroso atreverse a escribir sobre esta realidad que parece ficción.

Además del informe de la CONADEP, *Ezeiza*, de Horacio Verbitsky fue uno de los libros de testimonio político que más cantidades de ejemplares llegó a vender, alrededor de treinta y cinco mil.

–Cuando escribí *Ezeiza* –dice Verbitsky– saldé una cuenta con mi generación. Ezeiza fue una masacre y las masacres forman parte de la historia argentina: las degolladuras del siglo pasado, la Semana Trágica, la Patagonia, el 16 de junio de 1955, José León Suárez, Trelew, Ezeiza. Al escribir sobre estos temas lo que se trata de hacer es de explicarlos, y el que lee, claro, trata de entenderlos.

(Los principales libros que se escribieron sobre los fusilamientos de Trelew son *La patria fusilada*, de Francisco Urondo, y *La pasión según Trelew*, de Tomás Eloy Martínez).

Gabetta cambia de tema un momento y cuenta una anécdota: "Los otros días", dice, "fui a ver el espectáculo de Enrique Pinti, que ya vieron más de medio millon de personas. No voy a hablar de la calidad porque es algo muy relativo, pero lo que a mí me impresionó fue escuchar a Pinti decirle a la gente del público, casi toda pequeña burguesía, cosas terribles. Les decía cabrones, complacientes, cobardes, maricones, las cosas más terribles. Y la gente no sólo asimilaba eso sino que se reía encantada y aplaudía muchísimo; pero al mismo tiempo este personaje no se cansa de decir 'pero yo soy como ustedes, yo cada vez que me pasó tal cosa hice lo mismo, porque todos nosotros somos iguales'. Yo salí de ese lugar espantado, porque me di cuenta que había asistido a un mea culpa colectivo y psicoanálitico. No nos mandó a rezar diez Padrenuestros porque no estábamos en una iglesia. Pero, sobre todo y para volver al tema, yo pensé que no soy como ellos, que hay muchos que no son como ellos, ni cabrones, ni cobardes, ni complacientes, ni maricones. Que se escriban libros como estos de lo que estoy hablando y que esos libros valientes sean leídos por mucha gente demuestra que no todos somos iguales, por suerte. Pero quiero aclarar que lo que vi en ese teatro, esa flagelación aceptada, sirve para reflejar el estado en que se encuentra gran parte de esta sociedad. Es tanta la culpa que hay que la gente está dispuesta a que le digan cualquier cosa. A mí eso me asusta mucho."

Verbitsky insiste con que los lectores son demasiado pocos. Dice: "El mercado editorial argentino está tan deteriorado que treinta mil lectores son muchos. En un país de economía en mejores condiciones, treinta mil ejemplares no significa prácticamente nada. Acá cada edición tiene tres mil ejemplares y las hay de dos mil o mil. Y además, los costos de los libros hacen que, salvo que la venta sea fulminante, cuando se agota una edición el dinero no sea sufiiente para hacer una nueva".

El editor

Eduardo Luis Duhalde escribió, en los años sesenta, junto con el asesinado Rodolfo Ortega Peña varios ensayos políticos entre los que se destaca *Facundo y la montonera*. Durante la dictadura militar vivió en Europa donde trabajó, también y como siempre, de editor. Después de las elecciones se publicó su ensayo *El Estado terrorista argentino*, que agotó varias ediciones. Actualmente Duhalde dirige la editorial *Contrapunto*, una de las pocas, junto con la colección de *Legasa* que dirige Rogelio García Lupo, que se dedica a la publicación de textos políticos. *Contrapunto* editó, entre otros, los dos últimos libros de Verbitsky; las *Crónicas del Apocalipsis*, de Ciancaglini y Granovsky; *Como los nazis, como en Vietnam*, de Alipio Paoletti; *Nacinalismo burgués y nacionalismo revolucionario*, de Ricardo Carpani; *Unitarios y federales en la historia argentina*, de Ramón Torres Molina; *La noche de los lápices*, que lleva seis ediciones, de María Seoane y Héctor Ruiz Núñez; *La triple A*, de Ignacio López Jansen; *Las sectas invaden la Argentina*, de Alfredo Silleta y *Después de la noche*, conversaciones de Hugo Echave y Noemí Ulla con Graciela Fernández Meijide.

–*¿Por qué cree usted que se lee tanto libro de testimonio político y qué es lo que busca el lector?*

–Creo que lo que el lector busca es reconstruir el pasado inmediato, las claves de interpretación de los últimos treinta años de la historia argentina. Y para hacer esto busca un tipo de ensayo más comprometido que el ensayo académico, aunque posiblemente con menos rigor científico. Lo que caracteriza a este tipo de ensayos es que los autores tienen una posición tomada y no se escudan en un falso cientificismo. Le diría que lo que la gente busca al leer estos libros es ubicarse frente a una realidad que la desconcierta. Por otro lado, si usted se fija un poco va a ver que esa necesidad existió siempre, lo que pasó es que fue silenciada por la dictadura militar.

–*¿Qué provoca esta necesidad?*

–Se dice que las figuras históricas no son historiográficas. Yo creo que esto es así; en períodos de gran florecimiento político esta necesidad decrece, decrece el interés, porque la misma realidad provoca eso. En cambio, en épocas de desesperanza, en tiempos de dudas y desconcierto hay, creo, una vuelta a la reflexión.

–*Igual lo que se vende es poco.*

–Exactamente, es muy poco, porque aún hoy, con el precio que tienen los libros, que posiblemente no son caros en relación al costo, pero los costos son altísimos, lo cual hace que sean caros. Usted fíjese que antes la gente que leía podía comprar cinco o seis libros por mes; ahora es muy difícil que algún presupuesto toleré más de uno o dos por mes, y eso como mucho.

–*¿Quiénes son los lectores de literatura política?*

–En general, el mayor consumidor de esta clase de libros es el sector juvenil, estudiantes universitarios. La generación que creció durante el proceso y necesita saber qué es lo que pasó.

–*¿Su editorial se va a seguir dedicando solamente a la literatura política?*

–No, ahora vamos a iniciar una colección de novelas con la edición, la reedición de *Los dueños de la tierra*, de David Viñas y *Villamiseria también es América*, de Bernardo Verbitsky.

–*¿Cuántos libros saca por mes en* Contrapunto*?*

–Dos o tres, tratamos de mantener una cierta continuidad. El problema es, desde luego, económico. Los libros se venden muy lentamente y lo que deja ganancia, un margen bastante pequeño, son los títulos del fondo editorial.

–*¿Y además del auge de los lectores de literatura política, hay también interés en escribir esa clase de textos?*

–Es bastante relativo. En realidad me acercan cada vez menos originales y algunos de los que me llegan son bastante incompletos, un poco pobres.

El periodismo sin límites

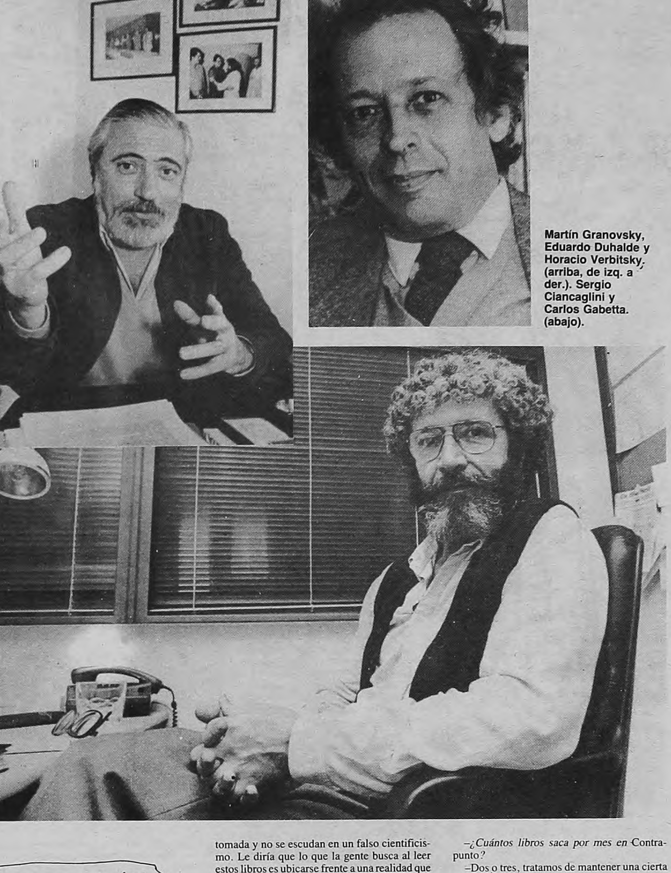
Para Carlos Gabetta los libros de testimonio político son un ejemplo de lo que él llama "buen periodismo sin límite de líneas", "Los periodistas", dice, "siempre nos quejamos de que tenemos que escribir determinadas cosas en determinado espacio. En estos libros se puede escribir sin ninguna medida".

Verbitsky insiste en la necesidad de mostrar lo que pasó en la Argentina. "Desde siempre", dice, "en este país hubo quienes trataron de mostrar la realidad. Por lo general, los libros son rigurosos. Si tengo que hablar del más riguroso, del más historiador, pienso en Osvaldo Bayer, que mostró minuciosamente qué pasó en la Patagonia o quiénes fueron los anarquistas".

Ciancaglini y Granovsky repiten que las tareas tienen que continuar. "Cuando pase el tiempo", dice Ciancaglini, "va a llegar otra gente y va a analizar lo que muchos contamos". Granovsky dijo que en ese momento va haber ensayo en sentido estricto, "cuando lo que pasó sedimente, va a haber memoria".

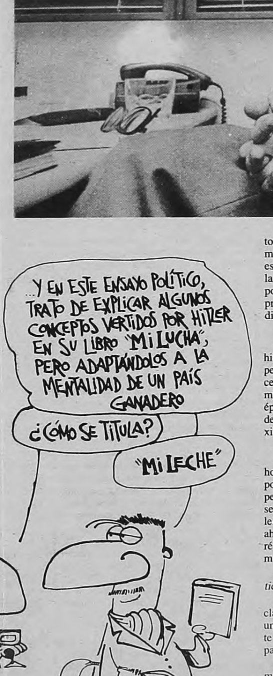






Fotos de Alejandro Kacero Gustavo Saiegh

Martín Granovsky, Eduardo Duhalde y Horacio Verbitsky, (arriba, de izq. a der.). Sergio Ciancaglini y Carlos Gabetta. (abajo).



BEST SELLERS DE LITERATURA POLITICA

LIBRERIA PREMIER
Civiles y militares por Horacio Verbitsky.
El archivo de la década, 1. por Eduardo Aliverti.
La gloria que nace del pueblo; por Rubén Dri.
Como los nazis, como en Vietnam, por Alipio Paoletti

LIBRERIA GANDHI
Civiles y militares, por Horacio Verbitsky
Fuerzas Armadas Argentinas, el cambio necesario por García, Ballester, Rattenbach y Gazcón.
Un horizonte sin certeza, por Alcira Argumedo.
Revolución y guerra, por Tulio Halperin Donghi.
La noche de los lápices, por María Seoane y Héctor Ruiz Núñez.

LIBRERIA FAUSTO
Los herederos de Alfonsín, por Alfredo Leuco y José Antonio Díaz.
El archivo de la década, 1 por Eduardo Aliverti.
Civiles y militares, por Horacio Verbitsky
El día que mataron a Alfonsín, por Dalmiro Saénz y Sergio Joselovsky.
Iglesia y dictadura, por Emilio Fermín Mignone.
Perón y su tiempo, por Félix Luna.
Ezeiza, por Horacio Verbitsky.

HERMINIO ESTÁ ESCRIBIENDO UN LIBRO EXPLICANDO POR QUÉ SE ALEJÓ DEL P.J.
¿CÓMO SE VA A LLAMAR?
"NO CUENTEN SINMIGO"
EDITORIAL
Daniel Paz + Rudy

Sábado 18 de julio de 1987

Fotos de Alejandro Kacero Gustavo Saiegh



Martín Granovsky, Eduardo Duhalde y Horacio Verbitsky, (arriba, de izq. a der.). Sergio Ciancaglini y Carlos Gabetta. (abajo).

BEST SELLERS DE LITERATURA POLITICA

LIBRERIA PREMIER
Civiles y militares por Horacio Verbitsky.
El archivo de la década, 1. por Eduardo Aliverti.
La gloria que nace del pueblo; por Rubén Dri.
Como los nazis, como en Vietnam, por Alipio Paoletti

LIBRERIA GANDHI
Civiles y militares, por Horacio Verbitsky
Fuerzas Armadas Argentinas, el cambio necesario por García, Ballester, Rattenbach y Gazcón.
Un horizonte sin certeza, por Alcira Argumedo.
Revolución y guerra, por Tulio Halperin Donghi.
La noche de los lápices, por María Seoane y Héctor Ruiz Núñez.

LIBRERIA FAUSTO
Los herederos de Alfonsín, por Alfredo Leuco y José Antonio Díaz.
El archivo de la década, 1 por Eduardo Aliverti.
Civiles y militares, por Horacio Verbitsky
El día que mataron a Alfonsín, por Dalmiro Saénz y Sergio Joselovsky.
Iglesia y dictadura, por Emilio Fermín Mignone.
Perón y su tiempo, por Félix Luna.
Ezeiza, por Horacio Verbitsky.



tomada y no se escudan en un falso cientificismo. Le diría que lo que la gente busca al leer estos libros es ubicarse frente a una realidad que la desconcierta. Por otro lado, si usted se fija un poco va a ver que esa necesidad existió siempre, lo que pasó es que fue silenciada por la dictadura militar.

–¿Qué provoca esta necesidad?

–Se dice que las figuras históricas no son historiográficas. Yo creo que esto es así; en períodos de gran florecimiento político esta necesidad decrece, decrece el interés, porque la misma realidad provoca eso. En cambio, en épocas de desesperanza, en tiempos de dudas y desconcierto hay, creo, una vuelta a la reflexión.

–Igual lo que se vende es poco.

–Exactamente, es muy poco, porque aún hoy, con el precio que tienen los libros, que posiblemente no son caros en relación al costo, pero los costos son altísimos, lo cual hace que sean caros. Usted fíjese que antes la gente que leía podía comprar cinco o seis libros por mes; ahora es muy difícil que algún presupuesto tolere más de uno o dos por mes, y eso como mucho.

–¿Quiénes son los lectores de literatura política?

–En general, el mayor consumidor de esta clase de libros es el sector juvenil, estudiantes universitarios. La generación que creció durante el proceso y necesita saber qué es lo que pasó.

–¿Su editorial se va a seguir dedicando solamente a la literatura política?

–No, ahora vamos a iniciar una colección de novelas con la edición, la reedición de *Los dueños de la tierra*, de David Viñas y *Villamiseria también es América*, de Bernardo Verbitsky.

–¿Cuántos libros saca por mes en Contrapunto?

–Dos o tres, tratamos de mantener una cierta continuidad. El problema es, desde luego, económico. Los libros se venden muy lentamente y lo que deja ganancia, un margen bastante pequeño, son los títulos del fondo editorial.

–¿Y además del auge de los lectores de literatura política, hay también interés en escribir esa clase de textos?

–Es bastante relativo. En realidad me acercan cada vez menos originales y algunos de los que me llegan son bastante incompletos, un poco pobres.

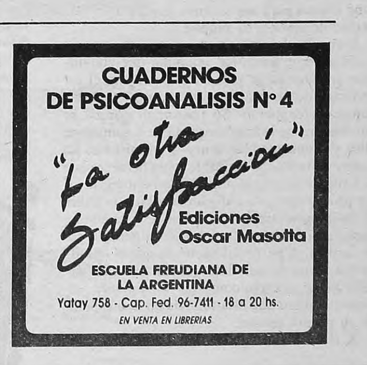
El periodismo sin límites

Para Carlos Gabetta los libros de testimonio político son un ejemplo de lo que él llama "buen periodismo sin límite de líneas", "Los periodistas", dice, "siempre nos quejamos de que tenemos que escribir determinadas cosas en determinado espacio. En estos libros se puede escribir sin ninguna medida".

Verbitsky insiste en la necesidad de mostrar lo que pasó en la Argentina. "Desde siempre", dice, "en este país hubo quienes trataron de mostrar la realidad. Por lo general, los libros son rigurosos. Si tengo que hablar del más riguroso, del más historiador, pienso en Osvaldo Bayer, que mostró minuciosamente qué pasó en la Patagonia o quiénes fueron los anarquistas".

Ciancaglini y Granovsky repiten que las tareas tienen que continuar. "Cuando pase el tiempo", dice Ciancaglini, "va a llegar otra gente y va a analizar lo que muchos contamos". Granovsky dijo que en ese momento va haber ensayo en sentido estricto, "cuando lo que pasó sedimente, va a haber memoria".







VOLAR CON SHAKESPEARE EN VENECIA

Interview de Nueva York

Erica Jong comenzó su carrera de escritora como poetisa. En 1971, su primer libro de versos, *Frutas y verduras*, fue aclamado por su temática original y su visión satírica. En 1973, un segundo libro de poemas, *Mediasvidas*, fue elogiado por su agudo retrato del enojo feminista. Ese mismo año, la primera novela de Erica Jong, *Miedo a volar*, la tiró sobre la arena pública. Escritores como John Updike y Henry Miller le cantaban loas mientras ''indignados puritanos'' querían fulminarla. El libro vendió seis millones de ejemplares en los Estados Unidos y se tradujo a 20 idiomas. En 1977, Anthony Burguess señaló que la segunda novela de Jong, *Como salvar tu propia vida*, era una de las cien mejores novelas escritas desde 1939. Después de dos nuevos libros de poesías, terminó *Fanny*, una novela histórica que ella describe como ''el más radical de los libros que he escrito''.

En 1981 Jong publica *Brujas*, un libro ilustrado escrito en poemas y prosa que rastrea el culto de la diosa madre y sus parientes con la brujería y misoginia. En 1984 aparece el volumen final de la trilogía de Jong, *Paracaídas y besos*. Jong hizo la prueba con un género nuevo, la literatura infantil, con un cuento humorístico para ayudar a los jóvenes a tratar el divorcio.

Erica Jong normalmente pasa los días de semana en su departamento en Park Avenue y sus fines de semana en su apartada casa de campo en Connecticut. Sin embargo, recientemente pasó varios meses en el *palazzio* veneciano del siglo XVI de un amigo, donde hizo la investigación y escribió *Serenísima*, su última novela. En ella, sus dotes de poetisa y cuentista se fusionaron para crear una obra como no había escrito antes. Como la reciente obra de George Vidal, *Vidal en Venecia*, la novelas de Jong captan para sus lectores la magia de esta ciudad de amor y de muerte.

Karen Burke: ¿Cómo ser famosa?

Erica Jong: Es difícil imaginar qué convulsión produce en la vida de una persona el ser conocida de un día para otro. Algunos artistas nunca se recuperan. Se trastornan porque se confunden con la imagen que tiene el mundo de ellos y la imagen que tienen de sí mismos. La fama es una prueba increíble sobre la fuerza que se tiene de la propia originalidad e integridad. De pronto uno está obligado a vivir a la altura de su imágen pública. Si es así, se está condenado, absolutamente condenado y perdido como artista. A pesar del hecho de que el mundo lo vea a uno de una determinada manera, uno debe verse siempre como un principiante perpetuo, alguien que está todavía en la búsqueda de su propia verdad.

K.B.: En otras palabras, usted escribe un libro para evolucionar. Y, tal vez, su mejor libro puede no ser reconocido hasta muchos años después.

E.J.: Absolutamente. Boswell realmente quería ser un poeta épico. No estaría sorprendido si supiera que la obra por la cual el mundo lo conoce es el diario que borroneaba todas las noches cuando llegaba de las fiestas. Nunca se sabe cuál va a ser considerada nuestra mejor obra. La vida está llena de sorpresas. En algún nivel trato de ser representativa de cada mujer. Si escribo honestamente sobre el amor, el sexo, acerca de ser madre, acerca de ser hija, acerca de ser una mujer que llegó a la mayoría de edad en los años 60 y 70, creo que habré ganado una batalla.

K.B.: ¿Cómo ve la evolución de su trabajo desde Miedo a volar *a su nueva novela* Serenísima*?*

E.J.: En *Miedo a volar* abordaba los problemas de una mujer que está tratando de romper con las ataduras convencionales. Estaba todavía muy temerosa e inmadura, con pánico a volar. El título simplemente era una metáfora de todas las otras cosas a las que ella les tenía miedo: independencia, su propia sexualidad, éxito. En *Miedo a volar* Isadora estaba dando sus primeros pasos fuera del nido, que tomó la forma de una relación extramarital, la única manera de independencia posible para las mujeres en ese tiempo. *Como salvar su propia vida*, es otra etapa: ha logrado éxito, pero el éxito trae aparejada toda clase de problemas distintos de los que ella nunca imaginó. En *Fanny* hago un cambio radical y creo un héroe femenino ''real'' autodefinida, autoactualizada. Ella cría y mantiene a su bebé sola y solo cuando ha hecho todas estas cosas como una mujer, como madre, regresa a su casa ancestral. Nunca se casa, aunque encuentra a su Lancelot. En *Paracaídas y besos* vuelvo al presente y muestro las ansiedades de la generación del bebé-boom.

K.B.: Todos sus libros son sobre mujeres que están en una posición ambigua, confundidas filosóficamente y emocionalmente agotadas. Lo que usted está haciendo no es crear un rol modelo, sino un collage realista de la situación de la mujer de hoy.

E.J.: Exactamente. Cuando comencé a escribir novelas, tenía la sensación de que nadie estaba diciendo realmente la verdad sobre la vida de las mujeres. Los novelistas masculinos lo hacían básicamente porque veían a las mujeres como objetos de su propia lujuria. Los novelistas masculinos de primera línea en aquel momento en EE.UU. eran Philip Roth, John Updike, Saul Bellow y Norman Mailer, y no se puede decir que estos novelistas –que por cierto han escrito cosas maravillosas– hayan retratado el alma femenina con todos sus matices. Había un vacío real en la literatura norteamericana moderna. Nadie ha escrito honestamente sobre las mujeres y la variedad de sus experiencias. Me impuse la tarea de llenar ese vacío. A las mujeres se les permitía ser, o bien asexuadas, disminuidas, intelectuales esquizoides u obsenas como Molly Bloom.

K.B.: ¿Usted diría que éste era el caso de todas las novelas, o sólo las de novelas norteamericanas? Más específicamente, ¿usted cree que las mujeres norteamericanas tienen más dificultad con su rol que las europeas?

E.J.: Existe una paradoja sobre ser una mujer americana, porque por un lado ''pareciera'' que tenemos mucha libertad, pero por otro lado estamos más restringidas en un ghetto de años, un ghetto de intelectualidad y no sexualidad.

K.B.: Cuénteme de Serenísima. *¿Qué significa el título?*

E.J.: *Serenísima* es el nombre que los venecianos le dan a su ciudad, quiere decir la más serena de las repúblicas. En algún nivel, cada título de libro revela dónde está el autor en cualquier momento de su vida. Yo escribí *Miedo a volar* para pasar del miedo a la intrepidez. *Serenísima* lo escribí en un momento de mi vida en que lo que más quería era lograr la serenidad. El libro surgió durante el verano de 1984 mientras estaba viviendo en Venecia con mi familia. Empecé a garabatear en mi cuaderno de notas en la persona de una niña de quince años que había pasado sus veranos ahí. Luego lo dejé de lado como siempre hago. Cuando regresamos a Venecia unos meses después, se me pidió que fuera parte del jurado en un festival de cine. Y entonces pensé: ¿Y si mi personaje Jessica fuera una famosa actriz que es invitada a participar como jurado en un festival de cine? ¿Y si un día al dar vuelta la esquina, se encuentra transportada al siglo XVI, una época que ella amó? Soy el tipo de persona que puede pararse en Pompeya o en el ghetto de Venecia e imaginarse la calle totalmente habitada por figuras de hace 400 años. Yo supongo que todos podemos viajar en el tiempo.

K.B.: Con su memoria del presente intacta.

E.J.: Sí, ella tiene un yo dual: es una mujer del siglo XVI pero también es una mujer del siglo XX. Y los fragmentos de este siglo caen mientras habita el primero.

K.B.: ¿Cuál fue su principal motivo para escribir Serenísima*?*

E.J.: Quería escribir una novela en la que aboliera el tiempo lineal. Quería que fuera un homenaje a Shakespeare, a Venecia, una ciudad que amo. También quería escribir una novela en la que pudiera unir el yo de la poetisa y el yo de la novelista, en la que el lenguaje pasara de la prosa a la poesía y de la poesía a la prosa. Creo que hay momentos en la novela en que el lenguaje se hace poético. Pienso que hay un falso juicio de que la poesía está aquí y la prosa está allá. Creo que las dos formas pueden fundirse y que nunca lo hice tan completamente como en *Serenísima*.

K.B.: ¿En que está trabajando ahora?

E.J.: Estoy escribiendo una novela sobre la supermujer como víctima, acerca de una pintora en sus cuarenta años. Me estoy divirtiendo muchísimo investigando todo sobre el mundo del arte y de los pintores que son aproximadamente mis contemporáneos, como Nancy Graves, Jennifer Barlett y Susan Rothenberg. Los últimos diez años han sido excelentes para las mujeres artistas.